

El uniforme: entre las dos o tres cuestiones cruciales que atraviesan en estos días la discusión interna del régimen militar, la del uniforme parece tener una relevancia superior a la que hasta ahora se le había dado.

Según esa discusión, y para ponerlo en términos gruesos, el uniforme puede definir el carácter que tendrá el gobierno que emerja del acto electoral del próximo año.

Un hombre con charreteras dará inevitable origen a un régimen en el que las Fuerzas Armadas conserven el grado de involucramiento que tienen hoy.

Un hombre sin ellas está obligado a moverse dentro de márgenes y estructuras civiles, dejando a un lado la amenaza pendiente del poder castrense.

La preeminencia que ha tomado este punto del debate se debe a que otros dos aspectos igualmente importantes parecen despejados:

- Quién sería el candidato.
- Cuándo sería el plebiscito.

Sobre lo primero hay pocas dudas.

Utilizando la misma técnica de desgaste que empleó para desanimar las iniciativas de reforma a la Constitución (también planteadas por los miembros de la Junta), el Ejecutivo ha ido estableciendo la inevitabilidad del Presidente Augusto Pinochet.

En las últimas semanas, el Presidente ha buscado personalmente pasar a la ofensiva, proyectando ánimo victorioso y espíritu de triunfador.

Los esfuerzos por polarizar a la prensa que le disgusta, la descalificación a los dirigentes políticos y la retórica sobre el orden contra el caos, son síntomas importantes de que para el Ejecutivo se acerca el momento de dar el envión decisivo.

Sobre lo segundo —el cuándo—, la operación montada para sondear el clima que habría en torno a un adelanto de las fechas está casi totalmente abortada.

A decir verdad, ese adelanto fue uno de los objetivos con que se pensó en el retorno de Sergio Fernández al Ministerio del Interior.

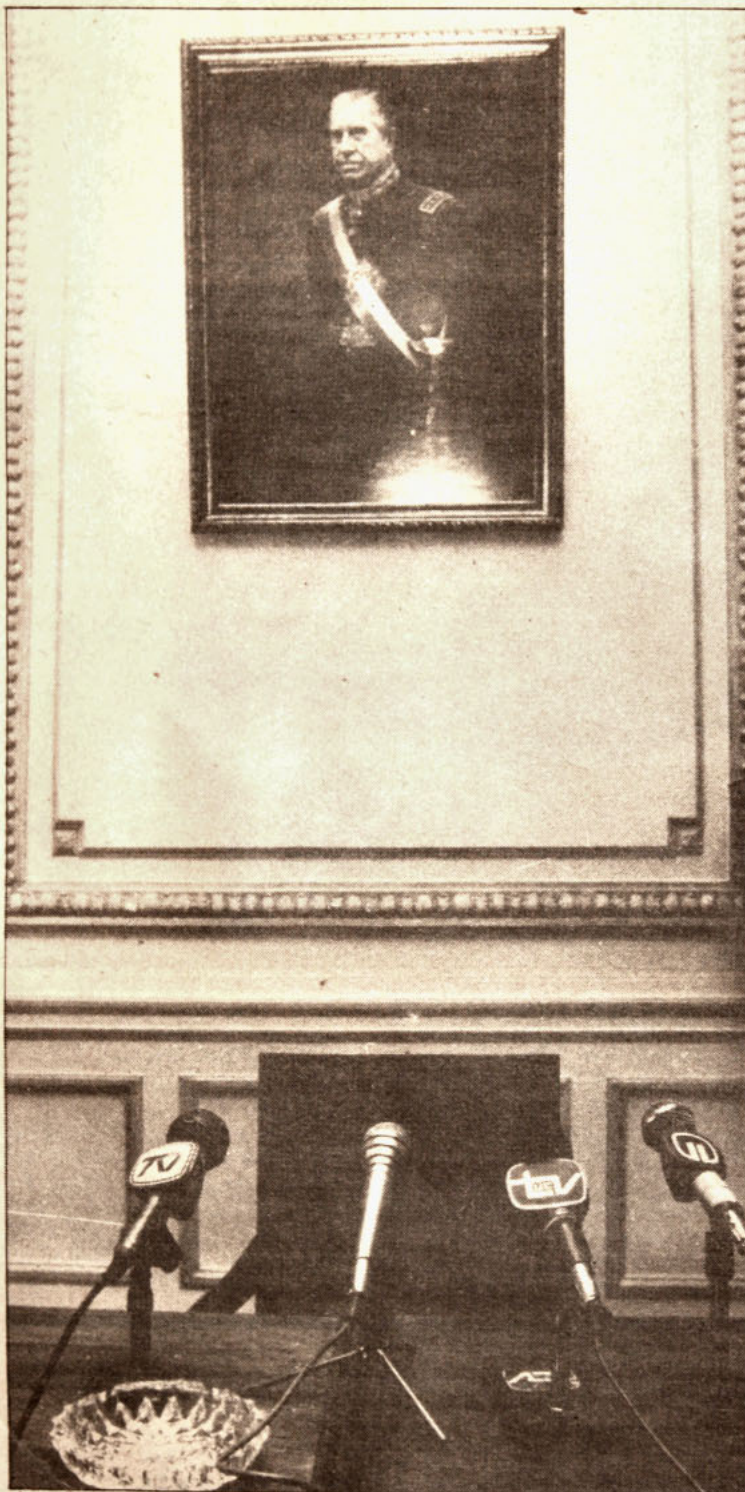
La sorpresa, la desorganización, la confusión opositora, la persuasiva propaganda sobre el futuro próspero y una inscripción electoral de monta mediana podían ser usadas en beneficio del *Sí*.

BITACORA

El uniforme y el ánimo triunfalista

ASCANIO CAVALLO

El eje de la discusión interna en el gobierno ya no es el candidato ni el momento del plebiscito, sino la situación de las Fuerzas Armadas.



El Presidente sostiene ahora que la oposición es tan frágil y contradictoria, que el eventual adelanto del plebiscito le produjo problemas y se quejó a voz en cuello.

Pero esto, que tiene una base de verdad, no podría ocultar el problema de fondo: quien se quejó abiertamente fue la Junta de Gobierno, sobre la base de que es el acto plebiscitario lo

215
frágil. Y tanto, que es indispensable rodearlo de garantías y seguridades públicas, porque el fantasma del fraude estará sobrevolando en todo momento.

La Junta no es la única que tiene opiniones divergentes en estas materias.

Incluso el gabinete no está unificado en una sola actitud.

Hace unas semanas, estas discrepancias se expresaron crudamente en un tema aparentemente desconectado: el exilio.

Poco después de que funcionarios vinculados a Interior afirmaran que no habría nuevas autorizaciones de retorno mientras no se resolviera la situación del coronel Carreño, la Cancillería rechazó con vehemencia la sola idea de que esa fuera la política oficial.

Aunque en la práctica se haya cumplido la afirmación de Interior, primó la tesis de Relaciones Exteriores en el sentido de no convertir aquello en una decisión formal y declarada: hacerlo, pero no decirlo.

Con el plebiscito pasa algo semejante: a la Cancillería le interesa la legitimidad que tenga de cara al mundo; a Interior le importa ganarlo.

Así es que, más o menos despejados estos dos aspectos, quedó abierta la cuestión del uniforme.

En días pasados algunos de los comandantes en jefe intentaron establecer una primera aproximación: el nuevo gobernante debe *asumir* como civil.

Esto quiere decir que, de ganar el plebiscito, después de éste, *cuando más*, Pinochet debería dejar la Comandancia en Jefe del Ejército.

Esta es una exigencia primaria, básica: para una parte de la cúpula del régimen, tal renuncia debiera producirse *antes* del plebiscito, con el objeto de distanciar del todo a las Fuerzas Armadas de la carrera electoral.

Los que sostienen esta posición afirman que así se evitaría el riesgo de que, en caso de derrota, se produjera una acefalía militar.

Hasta aquí, la respuesta de Pinochet a tales tesis es invariablemente la misma: no se puede partir de una posición derrotista.

El Jefe del Estado quiere alinear a todos en el ánimo de la ofensiva, y para ello no es posible considerar que existe una opción, aunque sea mínima, de triunfo del *No*.